

DESDE SUS TRAZOS ROJOS

Por Yamile Vaena

Basado en el cuento:
“BREVES TRAZOS ROJOS DE UNA ETERNIDAD”

escrito a versos de 140 caracteres
de Yamile Vaena

Esta NO es una historia de Amor

Es una historia de
un lienzo en blanco,
y la tinta roja
que le pone la vida

Esa imagen infinita de tu nombre en el mío.

- 0 -

Me queda,
el silencio de tu sombra
y la ausencia de tu nombre.

- 0

Me queda el fantasma en el que te
convertiste.

- 0 -

Puedes escribir que eres breve y contar todas
las estrellas del universo... o puedes simplemente
sentarte conmigo a contemplar la luna.

- 0 -

Hay veces que ser etérea no es suficiente.

- 0 -

Lentamente le susurraste al tiempo que nos
esperara... Nunca entendiste que el tiempo, de
verdad, no existe.

DESDE SUS TRAZOS ROJOS

YAMILE VAENA

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

ISBN-13: 978-1517101435

ISBN-10: 1517101433

DIBUJAR

Hundí la brocha en el color rojo. El lienzo, blanco e imponente, me pedía seguir. Un trazo, la pincelada, un bestial negro creciendo en las diferentes tonalidades. El rojo intenso, que se oscurece ante la mirada de vidrio. Sus ojos. Callados, como nunca antes los había visto. La historia aquí, inevitable, a cada pincelada. Es como esconderse de quiénes somos, olvidarnos que aborrecemos el ángulo de nuestra nariz, o las rodillas huesudas, o el recuerdo rancio de alguna cicatriz en la piel gastada.

Imagino que tendría que empezar a hablar de él, así, de tajo, sin demasiada preparación. Y es que para hablar de él siempre tengo un pretexto. Pero me adelanto. No es esa cruda descripción de caracteres la que quiero hacer. Caminar por mi memoria es a veces, como dar largos paseos en hermosas ciudades desconocidas por primera vez. Es complicado describir ventanas o callejones precisos, pero de alguna manera, no tan difícil intuirlos, como si ya estuvieran allí, desde el principio. Esperando que los descubrieras. Sin tiempo.

El tiempo no existe en mi memoria. Tiene su lógica, si una lo

piensa, la vida rara vez se rige por lo que creemos.

Yo era dibujante. Desde pequeña, dibujaba todo, con los deditos en la arena, o con la espuma del jabón entre mis manos. Dibujaba en mis trenzas mientras me peinaba, dibujaba en las ventanas que llovaban agua en las tormentas... nunca necesité un lienzo, o un lápiz, o nada. Era casi un comportamiento involuntario.

Afortunadamente nací en una época en que esa locura era aceptada y fui impulsada por orgullosos padres a quienes les gustaba pensar que su vida era más interesante de lo que en realidad era. Ambos sufrían un trabajo de más de 8 horas de oficina sin gran remuneración o reconocimiento, pero tenían una niña prometedora, con una exacerbada capacidad de abstraerse de todo y “dibujar”.

Así que, desde niña, fue inevitable adentrarme en el circo que acompaña a los niños sobresalientes; yo era la que siempre dibuja, aquella que puede sacar el trazo a lápiz de un atardecer, logrando resultados fotográficos. La pequeña artista capaz de hacer el retrato de la lluvia, o pintar las estrellas con toda su gama de colores, un fenómeno raro de circo, desde pequeña...

Mis padres, como todos los otros padres de niños “prodigio”, querían sentirse especiales, así que trataron de fomentar mi habilidad a toda costa. Yo crecí con una agenda apretada de clases artísticas y extenuantes horas de “estudio”. La normalidad, para mí, resultaba “anormal” para todos los otros niños. Algo que, a final de cuentas, me pasó su factura psicológica.

Lo que que algunos interpretaban como un talento especial, algunos expertos en la “psique” lo llamarían “manía”, o “desorden compulsivo”. Algo así como cuando los niños hacen bolitas de papel, o se muerden el labio, o se chupan el dedo, o no sueltan su mantita o peluche que los acompaña y les da seguridad, yo dibujaba. Sin lápices, ni crayolas, con lo que fuera. Aún lo hago. Ya no es motivo de porras o aplausos. Quizás ahora, a mi edad adulta, es más normal que alguien trace garabatos con coherencia y forma; para mí siguen siendo dibujos. Ahora son más sofisticados, tienen técnicas, materiales, texturas. Llevo ya una vida experimentando con ellos, y dicen que la costumbre y la experiencia nos hace ser quién somos. Dibujar me definía.

No sé si sea realmente talentosa. Quizás sí. Siempre fue como si me preguntaran si tenía nariz u ojos. Era parte única de mi manera de

existir. Conforme fui creciendo, mis dibujos comenzaron a cobrar importancia en mi vida y a apropiarse de la vida social y familiar.

Ese es el problema con los padres orgullosos de niños con cualidades que destacan, pierden la perspectiva, se preocupan más por aprovechar los dones y habilidades de sus pequeños que por hacerlos felices.

Fuera de los dibujos y del rechazo instintivo que provoca ser “la diferente”, mi infancia fue como cualquier otra. Fui niña antes de la era digital, así que aún puedo decir que jugué en el parque, que patiné, anduve en bicicleta, me trepé a un árbol, jugué a las muñecas, al “resorte” y el “espiro”. Era una niña de una delgadez casi frágil, con una curiosa agilidad para casi todos los deportes. Sobre todo atletismo. Era veloz. Muy veloz. Mi madre decía que siempre tenía prisa por estar en otros lugar, haciendo algo más. Que si no tuviera esa manía de dibujar en todos lados, parecería potrillo desbocado en vidriería.

Doy brochazos con especial intensidad. Tanto rojo. ¡No puedo parar! ¡Ah, cómo quisiera detenerme! Pero eso ya no cambiaría nada... Si mis padres hubieran creído en los psiquiatras,

seguramente me habrían medicado algo para niños hiperactivos. Lo cierto es que ellos escuchaban entusiastas si alguien alababa mis virtudes, pero no querían ni siquiera de lejos enfrentar insinuaciones sobre probables desordenes psicológicos o de personalidad.

Quizás todo hubiera resultado diferente. Pero no los culpo. Al menos ya no. Bastante paquetito fui, ya de por sí. Sobreviví mi infancia entre el “ser diferente” y tratar de adaptarme. Supe, en la mayoría de los casos, usar mis dibujos a mi favor. Me volví incluso popular, gracias a ellos. Creaba historietas, hacía dibujos de muñequitas, con todos sus accesorios y sus vestidos que pasábamos horas recortando y ajuariando. Todas mis amigas querían una “Clarita”, como llamaban a estas muñequitas de cartón con sus novios, sus ponys, sus arcoiris, albercas, accesorios, ropas y zapatos de papel. Ahora que lo veo de adulta, hubiera sido un producto bastante mercadeable, algo así como “las barbies” de papel. Pero de niña tampoco era para mí un juego. Eran estrategias que practicaba para que la “mancha” de ser diferente no fuera tan grave.

Así que dibujaba, desde niña, y el resto de mi historia hizo que llegáramos a aquí. Donde me tiembla la mano ante un lienzo rojo

que no tengo permiso de dejar de pintar. Me aterra detenerme. y no consigo olvidar sus ojos...

Debo seguir. Es lo único que me queda. Dibujar como un suceso, como algo que te pasa, así, sin estructura. Aunque los trazos por sí mismos tienen un destino, no todos ocurren en el mismo sitio, se dan aquí y allá, por colores, a veces por materiales, y en realidad, no tienen ninguna coherencia hasta que son terminados.

Alzo la vista y miro el lienzo, casi todo es rojo. Rojo y blanco. Una deformación que sufres cuando has dibujado toda tu vida, es que empiezas a percibir el mundo a lápiz, pinceladas, colores, texturas. Todo a tu alrededor se convierte en una tesitura, un matiz, tonalidades. Y cada color, con su intensidad, contiene significados intensos, más allá de lo que podemos estar conscientes. El rojo como color en la brocha, me lleva al dolor. El blanco a él.

No podría ser de otra manera. Sus tenis blancos. Muy blancos. Tipo bota. El color blanco me lleva a él. Un hombre de matices blanco y negro, con muchas sombras. La muerte le había marcado modificando su vida. Quizás por eso todos sus colores eran pálidos. Todos, menos los que representaban a su pequeña hija de 4 años.

Clara, se llama, como yo. Algunos colores no son casualidad, pero sí ironía...

Era un hombre poco común. En general, elegante. Le gustaba usar trajes a la medida, normalmente de corte italiano, marcas caras. En algún momento de depresión perdió la batalla con el sobrepeso emocional, cuando murió su esposa, desde entonces, perdió sus colores y se volvió de tonalidades pardas. Ha recuperado su forma. se cuida de una manera casi heroica, lo que le logró un cuerpo atlético para un hombre en sus cuarentas. Pero nunca recuperó sus colores. se quedó en tonalidades grises y pardas, de luto.

Algunos días se rebelaba y su vestimenta eran jeans, playeras roqueras, y chamarras de cuero negra. Parecía perder años, recobrar viveza, cuando esto sucedía. Pero siempre le faltó la gama cálida del color. Nada de rojo. Esa era una de sus principales peculiaridades. Podía ver en él, tonos amarillos, naranjas, algunos azules, incluso verdes, colores tímidos, como deslavados. Nada de rojo. Entonces, no comprendía la razón.

Se autonombraba esteta, pero yo sabía que era mucho más que eso. No se le llama esteta a un hombre que usa como escudo la belleza,

pero que se adentra a ella de clavado, desde sus profundidades, aliándose a ella desde su corazón, mente y espíritu. Él vivía esclavo de algunos estereotipos marcados por las modas de su adolescencia. Sus esquemas de valores venían del romanticismo de los caballeros medievales. Veneraba la belleza física, admiraba la idea de la mujer de tez blanca, pequeña, delgada, frágil, delicada, de facciones suspirantes y ojos grandes. Gustaba de las rubias, pero sobre todo, de las pelirrojas. Como buen esteta era intenso en sus preferencias, pero era algo más profundo lo que en realidad lo cautivaba. Su alma tenía suficiente sensibilidad para amar el arte., en casi todas sus formas.

Era un tipo algo difícil de adivinar, no era un hedonista que se vanagloriaba de retozar en placeres superficiales. Disfrutaba y alababa sin miramientos la belleza exterior, pero más allá de las capas de arriba, miraba profundo. Yo siempre me conecté a él a esos niveles.

Cuando lo conocí, ya era viudo. Su esposa murió de parto al dar a luz a su tercera hija... la pequeña Clara.

Mi tocaya fue una bebé con una alegría interior contagiosa. Quizás

su código genético llevaba escrito que le tocaría vivir sin madre y por ello nació con tales niveles de carisma, o quizás los bebés humanos desarrollan especiales habilidades de supervivencia según las circunstancias, y la extrema simpatía e ingenio de la chiquita era sólo un ejemplo de una eficiente evolución de la naturaleza.

Lo cierto es que la bebé Clarita, aún muy pequeña, hablaba con los ojos. Bastaba una mirada para que el padre o las hermanas comprendieran lo que ella necesitaba o requería. Aprendió, desde pequeña, a manejar a su antojo los hilos del titiritero. Era una nena brillante. Quizás porque tuvo que ser la nueva luz que acompañara a su madre al otro lado.

Clarita bebé tenía una mente, me atrevería a decir, extraordinariamente femenina. Es muy probable que lo haya heredado de la mamá.

Su madre, Chris, tenía los rasgos de una belleza de origen irlandés. Obedeciendo los estereotipos de la preferencia de Javier, Chris parecía haber sido creada especialmente para saciar la avidez de su monstruo esteta. Chris era, físicamente, todo lo que él había soñado. Su rostro era blanco, sus rizos rojos y sus ojos eran únicos,

de un intenso y perfecto verde esmeralda. De facciones finas y cuerpo delicado, pequeño y frágil, no pudo sobrevivir el parto natural de una hermosa bebé de más de 4 kilos. No hubo complicaciones, al parecer, hasta que madre e hija se conocieron, y en el momento en que la madre besó a Clarita; Chris murió. Perdió demasiada sangre. Tiene sentido su muerte, ella perdió su color rojo.

No puedo pensar en algo más devastador para un padre enamorado, para unas hijas adolescentes y para una bebé recién nacida. Imagino que allí fue donde Javier perdió su color vivo. La historia de Javier me conmovió desde el primer momento.

Pero me adelanto de nuevo. Hablaré de cómo nos encontramos. Había en el viejo barrio, ése que se volvió costumbre visitar por los bohemios, varias librerías/cafeterías rústicas, donde normalmente se hacían veladas de guitarra, copas de vino y duelos de poetas y artistas. Frente a sus viejos escaparates polvosos, por las calles, sobre las banquetas e invadiendo las veredas y callejones, se exhibían antigüedades, retratos y dibujos a la venta, de la mano de los artistas, al curioso que tenía algunos pesos de más para gastar.

Yo tenía un grupo de amigos, “artistas callejeros”, se llamaban. La mayoría eran pintores, escultores, algunos poetas y escritores, todos escapistas del status quo, o las “reglas para vivir” escritas en sitios no tangibles. Algunos, -no pocos- los más mediocres, utilizando la droga como musa necesaria para la inspiración, otros un poco más talentosos la usaban como diversión o escape a su infinito aburrimiento de ser un argot, o estereotipo. La mayoría, sin perder, y a honra de raras excepciones, usaban la droga como parte de su nutriente diario.

Resultaba irónico ser una caricatura del status quo, justo cuando lo que deseas es rebelarte a ello. Pero cuando pasas de cierta edad, y sigues con tus pantalones de mezclilla rotos, tu pelo largo, las camisas de manta y los collarines de cuero, a lo que te intentas rebelar no es a la sociedad, si no al paso del tiempo, a tu vida misma.

Mi gama de amigos de este estilo, “hippies” por comodidad o como estilo de vida, variaban de los 17 hasta los 50 años, de ambos sexos. Algunos más perdidos que otros, algunos más fantoches. Todos creaban algo. Y sorprendentemente, sí existía mucho talento extraordinario perdido en las callejuelas sucias del centro de esta

ciudad a la que pertenezco. Poetas urbanos, artistas de banqueta, escultores, pintores y músicos que brindan su arte por algunas monedas. Pensé en la prostitución de las almas, que la mayoría de mis amigos detesta de aquellos que han conseguido vivir de su arte.

En ese sentido, como siempre, yo era “la diferente”, porque sí vivía de mi arte, y como siempre, tuve que encontrar una estrategia para no sufrir el caro precio de no ser igual. Si bien de niña tuve que hacer mis muñecas de papel, el costo por no convertirme en paria en un círculo en el que me negaba a dejar de pertenecer, fue un poco más complejo. Dibujado con muchos más laberintos.

Cuando somos niños, los problemas son más simples, se solucionan compartiendo un chocolate, o dibujando y recortando. De adultos tenemos que lidiar con cosas mucho más complejas, hipocresías, formalismos (sí, aún entre estos rezagados rebeldes, existían códigos no dichos muy estrictos: el desprecio a los “yuppies” o “corbateados”, la inherente burla hacia la vida acomodada y superficial de los “sporties”, o “bonitos” de las revistas de moda, y los suburbios, el desprecio por los gringos.) La fantochada los obligaba a hablar, moverse y arrastrarse de cierta manera... al final eran lo mismo, igual de prejuiciosos y elitistas,

sólo con prioridades diferentes. No despreciaban a alguien por su higiene, pero sí por su estilo de vida, ropa, preferencias intelectuales, gustos, y hábitos y costumbres; eran igual que aquello que despreciaban.

Eso me divertía, y me ofrecía retos importantes, porque yo siempre pertencí a ambos mundos. Fui una niña mimada, mis padres, si no ricos, siempre intentaron darme lo mejor, seguramente más allá de sus posibilidades. Yo crecí en la categoría que el artista callejero describiría como “burgués” o “niña de familia”. Viajé, aprendí inglés, algo de francés, bosquejos de alemán, me tocó ir a algunos conciertos, exposiciones en el MoMA, galerías y museos Louvre, el Prado, el Smithsonian, el Met, tomé clases de pintura y dibujo con algunas grandes personalidades del surrealismo, como Alfredo Castañeda y, aunque estudié en San Carlos, luego logré una beca en el extranjero para la especialización en Italia.. Yo tenía todas las características para causar el rechazo de mis amigos “hippies”. Había tenido “la vida fácil”. En la que ellos se negaban a encajar. Por cierto, también me divertía ese concepto.

Solemos creer que al otro le va mejor, que le fue más sencillo todo, que no tiene problemas. Ese alto complejo de dioses, de jueces,

¿Qué sabemos nosotros? ¿Quién sabe qué laberintos existen en la cabeza de cada individuo? Lo que nos puede parecer pequeño e insignificante a nosotros, implica algo profundo y complejo en otros.

Así que tuve que ingeniármelas para no ser rechazada en mi círculo de artistas callejeros. Y parte de una de las estrategias era pasar algunos sábados patinando entre ellos. (Lo sé, pero no se trataba de ser igual a ellos, tenía que seguir siendo yo, diferente; pero diferente aceptable. Además, me encanta estar sobre ruedas).

El día que conocí a Javier yo traía patines y me deslizaba divertida esquivando esculturas y puestitos de collares de artesanías de mis amigos. Llegó con un grupo de contemporáneos a la cafetería. Era noche de bohemia, y algunas veces, para atraer turistas y un poco más de dinero al local, los parroquianos participaban; tanto en los duelos literarios (que se armaban feroces) o cantando, al estilo Karaoke.

Quiso el destino (luego entendí que no fue precisamente el “destino”, quien lo quiso) que mi patín se atascara en el “tendido” de uno de los puestos, y yo trastabillara y cayera encima de él. casi

justo en la puerta. A pesar de la sorpresa, él reaccionó rápido y consiguió amortiguar el golpe. Me abrazó. Me protegió con firmeza. Así que no me lastimé. No sé si puedo decir lo mismo de él, cuya espalda amortiguó los escalones. Pero sí acabé un poco aturdida. Por un segundo o dos, nos quedamos en el suelo, mientras sus amigos reaccionaron y nos ayudaron a pararnos.

-¿Estás bien? -me sonrió.

-Sí, perdona... perdí el control. ¿No te lastimé?

-¡Qué va! ¡No había hecho mis maromas diarias, me has ahorrado la rutina de ejercicio!

Los dos reímos y me ayudó a incorporarme.

-Me llamo Javier.

-Soy Clara. -sonreí. Él pareció sorprendido.

No me di cuenta en ese momento de la razón; ahora sé que mi nombre tiene una connotación importante en la vida de Javier, por ser el nombre de su pequeña bebé.

Entonces, el ambiente se puso raro. Hasta ese momento, ninguno de los dos se había dado cuenta del grado de cercanía que sufrimos

de golpe e imprevisto, -y peor-, lo cómodo que había resultado para ambos. Nos apartamos visiblemente nerviosos. Sus amigos ya habían entrado a la cafetería, y Javier me hizo una seña de que debía entrar. Yo me quedé allí mirándolo, sonriendo y asentí.

Al pie de la puerta dudó, volteó de nuevo y dijo:

-¿Nos acompañas, Clara?

Sonreí mostrándole un letrero que tenía el viejo ventanal de la cafetería.

NO ENTRAR CON PATINES.

-Debieron ser más específicos. Debieron poner, “no entres con patines, Clara.” –bromeé.

Javier rió. Su risa era libre, cómoda, sincera.

-¡Por lo visto, te conocen!

-Un poco.

-Hasta luego, Clara, ¡un gusto conocerte! –y entró al local.

Mis amigos, los clandestinos, nos miraban a distancia prudente, al desaparecer Javier en el lugar, se acercaron inmediatamente, como

esos animales que salen de la madriguera a media noche, nerviosos, asomándose rápidamente cuidando que nadie los vea. Llegaron, claro, burlándose.

-Bueno, Clarita, ¿así que ahora te les avientas a los “corbateados”? Fue el patán de Raúl, aún ardidido porque nunca cedí a sus encantos.

-Eres un idiota. –y le di un zape en el hombro.

Raúl era alto, flaco, desgarrado. Tenía el pelo largo, por gajos, casi rastra, pero siempre iba limpio, oliendo a una loción dulzona que me resultaba irritante. Vestía cotidianamente una chamarra hecha de tela de jerga, y unos shorts de mezclilla, demasiado grandes para su falta de carne. No diría que era feo. Comprendería su pegue con algunas chicas, si no fuera tan terriblemente molesto. Tenía la tez apiñonada, la nariz recta, unos profundos ojos color verdosos con tintes grises (entre verde olivo y amarillos, dependiendo de lo que vestía), manos grandes, y una voz muy agradable. Físicamente, era mi tipo, no lo niego. Raúl era lo que una prima llamaría “un buen bistec”, pero nada más. Yo realmente pensaba que era un idiota.

Él era de esos tipos que tomaba como retos a sus conquistas, y no aceptaban “no” por respuesta. Por alguna razón, le interesé yo, y

resultaba un fastidio ver todas las estrategias que se inventaba para llamar mi atención. No parecía comprender demasiado que suelo hacer muchos amigos, -más hombres que mujeres- a las mujeres, confieso, nunca las he entendido lo suficiente, aún siendo una, pero en cuestión de romances, mejor ni me meto. Bastante tengo con tratar de equilibrar el resto de las cosas en mi vida.

Y peor: Raúl no quería un romance, quería un trofeo, quería ganar a la “chica imposible”, la que no quiere a nadie. De quien ya habían empezado a dudar de su tendencia sexual, por no conocerle en tanto tiempo, el mínimo interés en algún muchacho. Yo no salía con nadie, ni quedaba con nadie. Tenía montonales de amigos, muy pocas amigas, pero las pocas, las mejores. Y siempre me rodeaba un séquito de gente siguiendo mis travesuras.

El concepto del amor, me sacaba algo de ronchas, y la idea de ser el trofeo para lucir de alguien, era aún mucho peor. Y si bien nunca me he considerado fea, me parece un insulto que alguien se interese en mí porque cumplo sus estándares de calidad en cuanto a peso, estatura, color y forma. Estúpidamente, siempre busco ser algo más.

Así que hice a un lado a Raúl y después de una mirada de reojo a la librería, me impulsé para patinar entre los puestos.

“Javier” –pensé mientras sonreía.

SI QUIERES LEER MÁS DE “DESDE SUS TRAZOS ROJOS”:

[Sigue a Clara en twitter: @desdesustrazos](https://twitter.com/desdesustrazos)

[Cómpralo el ebook o el libro impreso en AMAZON](#)

[SÍGUENOS EN FACEBOOK DE:
DESDE SUS TRAZOS ROJOS](#)

DESDE SUS TRAZOS ROJOS

DIBUJAR

SOBRE EL DOLOR DE LOS POETAS MUERTO

SIN DESTINO, SÓLO CASUALIDAD

LA ROJA

SOBRE LA VIDA

SOBRE LA MUERTE

SUEÑOS AUSENTES

EL CUADRO DE LA ROJA

LA HERIDA

LA LEONA

LA CERVEZA

LA DESPEDIDA

EL MAR Y SUS AZULEJOS DE VIENTO

EL ENTIERRO

CONFESIONES A UN FANTASMA IMAGINARIO

EL PRIMER PLEITO

DESDE SUS TRAZOS ROJOS

LA PETICIÓN

BREVES TRAZOS ROJOS DE UNA ETERNIDAD

QUIÉN ME ESCRIBIÓ

QUIÉN ME ESCRIBIÓ



Yamile Vaena creció entre libros, con padres de un talento literario inaudito. Abuelo productor y director de la época de oro del cine mexicano, abuela talentosa novelista, madre poeta y escritora premiada internacionalmente y padre humorista y guionista con éxito y reconocido escritor en todo latinoamérica. Con semejante entorno, Vaena creció entre libros y comenzó su carrera literaria a los 3 años, en un viaje que hizo con sus padres a la playa. Contó en su mente de niña, un cuento de ella en la playa, y sus padres la animaron a escribirlo.

Más tarde ese cuento, a sus 8 años, recibió el premio OCEANO/SEP, y fue editado en España. El libro “Jugando con Tili” fue premiado un tiempo después en una Feria Infantil y Juvenil del Libro en Japón, y escogido para hacer una selección en un libro de texto Americano. Vaena quedó en un lugar de honor, junto a un poema de Amado Nervo y un cuento de Carlos Pellicer.

En su época universitaria, Vaena fue de elegida entre los jóvenes talentos literarios para participar en el evento “Escritores por Adelantado” en Bellas Artes, un evento que consistía en la lectura de todo un serial de cuentos cortos.

Desde entonces, sus letras han evolucionado. Participando activamente con sus creaciones en diferentes medios de comunicación tradicionales, electrónicos e impresos, y siempre brillando por la poderosa voz en sus letras. Destacándose en la participación de un exitoso blog literario que ha llegado a recibir más de 40 mil visitas diarias:

<http://lavisiondelextranjero.blogspot.com/>

Con la historia “Desde sus trazos Rojos”, Vaena comienza una nueva etapa literaria, donde expande sus personajes más allá de lo imaginario en este divertido thriller romántico.

**DESDE SUS
TRAZOS ROJOS**

Todos los derechos Reservados
2015